OBRAS DE H. DE BALZAC

El diputado de Arcis.	Un tomo.
El médico rural.	Un tomo.
El cura de aldea.	Un tomo.
Los aldeanos.	Un tomo.
Los chuanes ó la Bretaña en 1799.—Una pasión en el desierto.	Un tomo.
Úrsula Mirouet..	Un tomo.
Petrilla.—El cura de Tours.	Un tomo.
La piel de zapa.	Un tomo.
Eugenia Grandet.	Un tomo.
La investigación de lo absoluto.—Jesucristo en Flandes.—Melmoth reconciliado.—La obra maestra desconocida.	Un tomo.

Nº - 25-64

LA COMEDIA HUMANA

ESTUDIOS FILOSÓFICOS

LA INVESTIGACIÓN DE LO ABSOLUTO

JESUCRISTO EN FLANDES

MELMOTH RECONCILIADO.—LA OBRA MAESTRA DESCONOCIDA

POR

H. DE BALZAC

TRADUCCIÓN DE

D. MANUEL ARANDA Y SANJUÁN

1988

74
C. N.
IGLESIAS HERMANOS
170 APARTADO 170
SAN JOSÉ, COSTA RICA
LIBRERIA
PAPELERIA
AGENCIA DE PUBLICACIONES

BARCELONA

LUIS TASSO, IMPRESOR-EDITOR

ARCO DEL TEATRO, 21 Y 23

Escaneado con CamScanner

JESUCRISTO EN FLANDES

Á MARCELINA DESBORDES-VALMORE

A usted, hija de Flandes y una de sus glorias modernas, le dedica esta sencilla tradición de Flandes

DE BALZAC.

En una época bastante indeterminada de la historia brabanzona, mantenía las relaciones entre la isla de Cadzant y las costas de Flandes una barca destinada al transporte de viajeros. Middelburgo, tan célebre después en los anales del protestantismo, apenas tenía doscientas ó trescientas casas. La rica Ostende era una ensenada desconocida, con una aldea escasamente poblada por unos cuantos pescadores, pobres negociantes y corsarios impunes. Sin embargo, la aldea de Ostende, compuesta de unas veinte casas y de trescientas cabañas, chozas ó chiribitiles construídos con tablones de barcos náufragos, tenía su gobernador, su milicia, sus horcas patibularias, su convento y su burgomaestre, en una palabra, todos los órganos de una civilización adelantada. ¿Quién reinaba á la sazón en Brabante, en Flandes, en Bélgica? Acerca de este punto nada dice la tradición. Debemos confesar que esta historia se resiente de un modo extraño de lo vago, de lo incierto y de lo maravilloso que los oradores favoritos de las veladas flamencas se han entretenido muchas veces en difundir en sus glosas tan varias de poesía como contradictorias por los detalles. Esta crónica, referida de edad en edad, repetida de hogar en hogar por los antepasados, por los narradores de día y de

Escaneado con CamScanner

noche, ha recibido de cada siglo un matiz diferente. Semejante á esos monumentos exornados conforme al capricho de las arquitecturas de cada época, pero cuyas masas negras é indecisas agradan á los poetas, causaría la desesperación de los comentadores, y de los espigadores de palabras, casos y fechas. El narrador cree en ella como todas las personas supersticiosas de Flandes han creído, sin ser ni más doctas ni más ignorantes. Pero, en la imposibilidad de poner en armonía todas las versiones, he aquí el hecho despojado quizás de su ingenuidad novelesca imposible de reproducir, pero con sus atrevimientos que la historia rechaza, con su moraleja que la religión aprueba, con su carácter fantástico, flor de la imaginación, con su sentido oculto al que puede amoldarse el sabio. Incumbencia de cada cual es separar el trigo de la cizaña.

La barca que servía para transportar los pasajeros de la isla de Cadzant á Ostende iba á zarpar de la aldea. Antes de desamarrar la cadena de hierro que sujetaba su lancha á una piedra del pequeño muelle en el que se embarcaba la gente, el patrón tocó la bocina varias veces para llamar á los rezagados, porque aquel viaje era el último que hacía. Acercábase la noche, los últimos resplandores del sol poniente apenas permitían distinguir las costas de Flandes y divisar en la isla los pasajeros retardados, que vagaban á lo largo de las cercas de que estaban rodeadas las campiñas ó entre los altos juncos de los pantanos. La barca estaba llena, y se oyó un grito que decía: «¿Qué esperamos? Partamos». En esto, apareció un hombre á pocos pasos del muelle; el patrón, que no le había oído llegar ni andar, se quedó sorprendido al verle. Aquel viajero parecía haber salido de tierra de repente, como un labriego que se hubiera tendido en un campo aguardando la hora de la marcha y á quien el sonido de la bocina hubiera despertado. ¿Era un ladrón ó algún empleado de aduana ó de policía? Cuando llegó al muelle al que estaba amarrada la barca, había siete personas de pie á proa de la lancha, las cuales se apresuraron á sentarse en los bancos para encontrarse solas y no dejar al descubierto sitio entre ellas. Fué un pensamiento instintivo y rápido, uno de esos pensamientos de aristocracia que acuden al corazón de las personas ricas. Cuatro de aquellos personajes pertenecían á la nobleza más elevada de Flandes. Era primeramente un joven caballero,

acompañado de dos hermosos lebreles, y cubriendo su larga cabellera con una toca adornada de piedras preciosas, hacía resonar sus espuelas doradas y se retorcía de vez en cuando el bigote con impertinencia, dirigiendo miradas desdeñosas á los demás pasajeros. Una altiva damisela llevaba un halcón en el puño, y sólo hablaba con su madre y con un eclesiástico de elevada categoría, que probablemente sería su pariente. Estas personas hacían gran ruido y hablaban unas con otras, como si estuviesen solas en la barca. Sin embargo, cerca de ellas había un hombre muy importante en el país, un corpulento ciudadano de Brujas, embozado en una holgada capa. Su criado, armado hasta los dientes, había puesto junto á él dos sacos llenos de dinero. A su lado iba un hombre de ciencia, doctor de la universidad de Lovaina, acompañado de su pasante. Estas gentes, que se despreciaban unas á otras, estaban separadas de la proa por el banco de los remeros.

Cuando el pasajero rezagado puso el pie en la barca, echó una rápida ojeada á la popa, y como no hubiera allí sitio, fué á pedirlo á los que estaban á proa. Estos eran pobres gentes. Al ver á aquel hombre con la cabeza desnuda, cuya casaca y calzón de camelote pardo y su cuello almidonado no tenían ningún adorno, que no llevaba en la mano toca ni sombrero, sin limosnera ni espada al cinto, todos le tomaron por un burgomaestre penetrado de su autoridad, pero burgomaestre bonachón y apacible como algunos de esos viejos flamencos cuya naturaleza y carácter ingenuo nos han conservado tan bien los pintores del país. Los pasajeros pobres acogieron entonces al desconocido con demostraciones respetuosas, que excitaron las burlas que cuchicheaban los de popa. Un soldado veterano, hombre recio, cedió su sitio en el banco al extranjero, se sentó en el borde de la barca y procuró sostenerse en equilibrio apoyando los pies en uno de esos travesaños de madera que, semejantes á las espinas de un pez, sirven para enlazar los tablones de los barcos. Una joven, madre de una criatura y que parecía pertenecer á la clase obrera de Ostende, se hizo atrás para dejar suficiente sitio al recién llegado, movimiento que no demostró servilismo ni desdén, sino que fué una de esas pruebas de galantería mediante las cuales, los pobres, obligados á conocer el valor de un favor y las delicias de la fraternidad, revelan la franqueza y el natural de

Escaneado con CamScanner

sus almas, tan sencillas en la manifestación de sus buenas cualidades y de sus defectos; por eso el extranjero le dió las gracias con un ademán lleno de nobleza. Luego se sentó entre la joven y el veterano. Detrás de él estaban un labriego y su hijo, muchacho de diez años. Una pobre que llevaba un zurrón casi vacío, vieja y arrugada, y andrajosa, tipo de desdicha y de indiferencia, yacía en la punta de la barca, acurrucada sobre un lío de cuerdas. Uno de los remeros, marino viejo, que la había conocido hermosa y rica, la había hecho entrar en la barca, según la admirable frase del pueblo, *por amor de Dios*.

—Muchas gracias, Tomás, le dijo la vieja; esta noche rezaré por ti dos Padrenuestros y dos Avemarías cuando rece mis oraciones.

El patrón tocó la bocina una vez más, miró la campiña silenciosa, recogió la cadena de su barca, corrió por la borda hasta llegar al timón, empuñó la caña y se quedó de pie; luego, después de contemplar el cielo, dijo con voz fuerte á sus remeros cuando se hicieron mar adentro: —Boga, boga firme y despachemos. El mar se sonríe viendo acercarse una turbonada, ¡ah pícaro! Siento la marejada en el movimiento del timón, y la tormenta en la molestia que me causan mis heridas.

Estas palabras, dichas en términos de marina, especie de lengua solamente inteligible para los oídos acostumbrados al ruido de las olas, imprimieron á los remos un movimiento precipitado, pero cadencioso; movimiento unánime, diferente del modo de remar precedente, como el trote de un caballo difiere de su galope. Las personas pudientes sentadas á popa se recreaban viendo todos aquellos brazos nerviosos, aquellas caras morenas de ojos de fuego, aquellos músculos rígidos y aquellas diferentes formas humanas que se movían á una para hacerles cruzar el estrecho mediante un escaso peaje. Lejos de compadecerse de aquella miseria, se mostraban á los remeros riéndose de los gestos y contorsiones que la maniobra imprimía en sus inquietas fisonomías. A proa, el soldado, el campesino y la vieja contemplaban á los marineros con esa especie de compasión natural en las personas que, viviendo de su trabajo, conocen las rudas angustias y las febriles fatigas de tal vida. La joven madre mecía á su hijo cantándole un antiguo himno de iglesia para dormirle.

—Si llegamos, dijo el soldado al campesino, consistirá en que Dios se ha empeñado en salvarnos la vida.

—Él es el amo, contestó la vieja; pero más bien creo que tendrá el capricho de llamarnos á su seno. ¿Veis allá lejos aquella luz? —Y con la cabeza indicó el poniente donde unas fajas de fuego se destacaban con viveza sobre unos pardos nubarrones matizados de rojo que parecían prontos á desencadenar algún viento furioso. El mar producía un sordo murmullo, una especie de mugido interior, bastante parecido al gruñido continuo de un perro. Pero Ostende no estaba lejos. En aquel momento el cielo y el mar presentaban uno de esos espectáculos á los cuales ni la pintura ni la palabra pueden dar más duración que la que en realidad tienen. Las creaciones humanas exigen contrastes poderosos. Por eso los artistas suelen reclamar á la naturaleza sus fenómenos más brillantes, desesperando sin duda de reproducir su grande y bella poesía en su aspecto ordinario, aunque el alma humana esté á menudo tan profundamente removida en la calma como en el movimiento, y por el silencio tanto como por la tempestad. Hubo un momento en que todos guardaron silencio en la barca y contemplaron el mar y el cielo, ya por presentimiento ó por obedecer á esa melancolía religiosa que á casi todos nos domina á la hora de la oración, al declinar el día, al instante en que la naturaleza se calla y las campanas hablan. El mar despedía un resplandor blanco y mate, pero cambiante y parecido á los colores del acero. El cielo estaba casi todo ceniciento. Al oeste veíanse largos espacios estrechos que parecían oleadas de sangre, mientras que al este unas líneas brillantes, trazadas como con un pincel fino, estaban separadas por unas nubes plegadas como las arrugas en la frente de un anciano. El mar y el cielo presentaban, pues, en todas partes un fondo de medias tintas, que hacía resaltar los fulgores siniestros del ocaso. Aquella fisonomía de la naturaleza inspiraba un sentimiento terrible. Si es lícito deslizar los atrevidos tropos del pueblo en la lengua escrita, podría repetirse lo que decía el soldado, que el tiempo estaba en vergonzosa derrota, ó lo que le contestaba el campesino, que el cielo tenía cara de verdugo. El viento sopló de pronto hacia poniente, y el patrón, que no apartaba la vista del mar, exclamó: —¡Oh! ¡Oh! —Al oir este grito los marineros se detuvieron de pronto y soltaron los remos,

Escaneado con CamScanner

—El patrón tiene razón, dijo tranquilamente Nicolás cuando la barca, levantada por una enorme ola, volvió á bajar como al fondo del mar entreabierto.

Al ver este movimiento extraordinario, esta cólera repentina del océano, los pasajeros de proa se pusieron lívidos y lanzaron un grito horrible.—¡Que nos ahogamos!

—Todavía no, contestó con calma el patrón.

En aquel momento el vendaval desgarró las nubes precisamente encima de la barca. Las masas grises se habían extendido con prontitud siniestra por levante y por poniente, y el resplandor del crepúsculo cayó en sentido vertical por una hendidura abierta en ellas por el viento de tormenta, permitiendo ver los rostros de los pasajeros, los cuales, así los nobles ó ricos como los marineros y los pobres, se quedaron un momento atónitos al ver el aspecto del último llegado. Sus cabellos de oro, partidos por una raya sobre su frente tranquila y serena, caían en numerosos bucles sobre sus hombros, contorneando en la cenicienta atmósfera un rostro sublime de dulzura y radiante de amor divino. No despreciaba la muerte, pero estaba seguro de que no moriría. Si las personas de popa olvidaron por un instante la tempestad, cuyo implacable furor les amenazaba, pronto volvieron á sus sentimientos de egoísmo y á los hábitos de su vida.

—¡Qué feliz es ese estúpido burgomaestre no viendo el peligro que corremos! Ahí está como un perro y morirá sin dolor, dijo el doctor.

Apenas hubo dicho esta frase tan juiciosa, cuando la tempestad desencadenó sus legiones. Los vientos arreciaron por todas partes, la barca dió vueltas como una peonza y empezó á hacer agua.

—¡Ah, hijo mío! ¡Pobre hijo! ¿Quién te salvará? exclamó la madre con acento desgarrador.

—Vos misma, contestó el extranjero.

El timbre de aquella voz penetró en el corazón de la joven, dejando en él una esperanza; oyó aquella suave frase á pesar de los bramidos de la tormenta y de los gritos lanzados por los pasajeros.

—Santa Virgen del Buen Socorro, que estáis en Amberes, os prometo mil libras de cera y una estatua, si me sacáis de este trance, dijo el burgués puesto de rodillas sobre sus talegas de dinero.

—Lo mismo está la Virgen en Amberes que aquí, replicó el doctor.

—Está en el cielo, contestó una voz que parecía salir del mar.

—¿Quién ha dicho eso?

—El diablo que se burla de la Virgen de Amberes, respondió el criado.

—Dejad en paz á la Virgen, dijo el patrón á los pasajeros. Echad mano á los achicadores y sacad el agua de la barca. Y vosotros, añadió dirigiéndose á los marineros, ¡á remar firme! Tenemos un momento de respiro, y en nombre del diablo que os deja en este mundo, seamos nosotros mismos nuestra providencia. Este canalizo es terriblemente peligroso; nadie lo ignora, y hace treinta años que lo cruzo. ¿Acaso lucho hoy por primera vez con la tempestad?

Luego, puesto de pie junto al timón, el patrón siguió mirando alternativamente su barca, el mar y el cielo.

—El patrón se burla siempre de todo, dijo Tomás en voz baja.

—¿Permitirá Dios que muramos con esos miserables? preguntó la orgullosa joven al apuesto caballero.

—No, no, noble doncella. Oídme.—Y cogiéndola por la cintura le dijo al oído:—Sé nadar, no lo digáis á nadie. Os asiré de los cabellos y os llevaré cuidadosamente á la playa; pero no puedo salvar á nadie más que á vos.

La joven miró á su anciana madre. La dama estaba de rodillas y pedía la absolución al obispo, que no la escuchaba. El caballero leyó en los ojos de su amada un débil sentimiento de piedad filial, y le dijo con voz sorda:—¡Someteos á la voluntad de Dios! Si quiere llamar á sí á vuestra madre, sin duda lo hará por su bienandanza... en el otro mundo, añadió en voz más baja.—Y para la nuestra en éste, pensó. La dama de Rupelmonde poseía siete feudos, además de la baronía de Gavres. La doncella escuchó la voz de su vida, los intereses de su amor que hablaban por la boca del bello aventurero, joven descreído que frecuentaba las iglesias, en las que buscaba una presa, una joven casadera ó bien dinero contante y sonante. El obispo bendecía las olas, y á falta de otra cosa les mandaba que se sosegasen. El resplandor que alumbraba aquellos pálidos rostros, permitió ver sus diferentes expresiones, cuando el casco de la barca, levantada á gran altura por una ola, arrojada luego al fondo del abismo

Escaneado con CamScanner

y sacudida luego cual leve hoja, juguete de la brisa otoñal, crujió y pareció á punto de abrirse. Entonces resonó uno de esos gritos horribles, á los que siguen espantosos silencios. La actitud de las personas sentadas á proa de la embarcación contrastó singularmente con la de las ricas ó poderosas. La joven madre estrechaba á su hijo contra su seno siempre que las olas amenazaban tragarse la frágil embarcación; pero creía en la esperanza que le había dado la palabra pronunciada por el extranjero, y á cada momento dirigía sus miradas á aquel hombre, y sacaba de su rostro nueva fe, la fe fuerte de una mujer débil, la fe de una madre. Viviendo por la palabra divina, por la palabra de amor salida de los labios de aquel hombre, la ingenua criatura aguardaba con confianza la ejecución de aquella especie de promesa, y casi ya no temía el peligro. El soldado, que seguía como clavado en la borda de la barca, no cesaba de contemplar aquel ser singular sobre cuya impasibilidad procuraba modelar su cara ruda y atezada desplegando su inteligencia y su voluntad, cuyos poderosos resortes no se habían viciado gran cosa durante el curso de una vida pasiva y maquinal; ganoso de mostrarse tan tranquilo y sosegado como aquella entereza superior, acabó por identificarse, quizás sin saberlo, con el principio secreto de aquella potencia interior. Luego su admiración se convirtió en fanatismo instintivo, en amor sin límites, en creencia en aquel hombre, semejante al entusiasmo que los soldados tienen por su jefe, cuando es hombre de pujanza, rodeado del brillo de sus victorias y que marcha entre los esplendorosos prestigios del genio. La vieja pobre decía en voz baja:—¡Ah, infame pecadora de mí! ¿No he padecido ya bastante para expiar los devaneos de mi juventud? ¡Ah! Mis culpas son grandes, pero ¡Dios mío, Dios mío, déjame acabar mi infierno en esta tierra de desdichas!... O bien:—¡Santísima Virgen, madre de Dios, tened compasión de mí!

—Consolaos, abuela, que Dios no es un lombardo. Aunque yo he matado, tal vez á diestro y siniestro, á buenos y á malos, no temo el día del Juicio.

—¡Ah! ¡Señor Fanspessade, qué suerte tienen esas damas en estar junto á un obispo, un santo varón! Recibirán la absolución de sus pecados, repuso la vieja. ¡Oh! Si pudiera oír la voz de un sacerdote que me dijera: «Están perdonados tus pecados», le creería.

El extranjero volvió la cabeza hacia ella, y su mirada caritativa la estremeció.

—Tened fe, le dijo, y os salvaréis.

—Que Dios os lo pague, buen señor, le contestó. Si decís la verdad, iré por vos y por mí en peregrinación y descalza á Nuestra Señora de Loreto.

Los dos campesinos, padre é hijo, estaban callados, resignados y sometidos á la voluntad de Dios, como gente acostumbrada á seguir instintivamente, como los animales, el impulso dado á la naturaleza. Así, pues, por una parte, las riquezas, el orgullo, la ciencia, la impiedad, el crimen, toda la sociedad humana tal como la hacen las artes, el pensamiento, la educación, el mundo y sus leyes; pero también, por esta misma parte, los gritos, el terror, mil sentimientos diversos combatidos por dudas espantosas; allí, solamente las angustias del miedo. Luego, por encima de estas existencias, un hombre enérgico, el patrón de la barca, que de nada dudaba, el jefe, el rey fatalista, constituído en su propia providencia, y gritando: «¡San Achicador!...» y no: «¡Santísima Virgen!...» en fin, desafiando la tempestad y luchando con el mar á brazo partido. Al otro extremo de la nave, gente débil... la madre meciendo en su regazo á una criatura que miraba la tempestad sonriendo; una mujer, de vida alegre en otro tiempo, y á la sazón presa de horribles remordimientos; un soldado acribillado de heridas, sin más recompensa que su vida mutilada en premio de su abnegación infatigable, y aunque apenas contaba con un pedazo de pan empapado en llanto, se reía de todo y seguía adelante sin cavilaciones, contento cuando podía ahogar su gloria en el fondo de un jarro de cerveza ó la contaba á muchachos que le admiraban. Confiaba alegremente á Dios el cuidado de su porvenir; y por último, dos labradores, gente laboriosa, el trabajo personificado, la labor de que vivía el mundo. Estas sencillas criaturas no se preocupaban del pensamiento y de sus tesoros, sino que estaban dispuestas á abismarlos en una creencia, llenos de una fe tanto más robusta cuanto que jamás habían discutido ni analizado; naturalezas vírgenes, de conciencia pura y sentimiento poderoso; el remordimiento, la desgracia, el amor, el trabajo habían ejercitado, purificado, concentrado, exculpado su voluntad, única cosa que en el hombre se parece á lo que los sabios llaman alma.

Escaneado con CamScanner

Cuando la barca, dirigida por la milagrosa destreza del piloto, llegó casi á la vista de Ostende, fué desviada de ella por una convulsión de la tempestad, y de pronto zozobró. El extranjero de rostro luminoso, dijo entonces á aquellas pobres gentes doloridas:—¡Los que tienen fe se salvarán; que me sigan!

Aquel hombre se levantó y anduvo con paso firme sobre las olas. En seguida la joven madre cogió á su hijo en brazos y echó á andar junto á él por el mar. El soldado se incorporó de pronto, diciendo en su ingenuo lenguaje:—¡Ah, voto á brios! ¡Te seguiré hasta dar con el diablo!—Luego, sin parecer admirado, anduvo por el mar. La vieja pecadora, creyendo en la omnipotencia de Dios, siguió al hombre y anduvo por el mar. Los dos campesinos se dijeron:—Puesto que andan por el agua, ¿por qué no hemos de hacer lo mismo nosotros?—Y se levantaron y corrieron detrás de ellos andando por el mar. Tomás quiso imitarles; mas como vacilara su fe, cayó muchas veces en el agua y otras tantas se levantó; luego, después de tres tentativas, anduvo también por el mar. El arrojado piloto se había agarrado como una *rémora* á las tablas de su barca. El avaro, que tuvo fe, se había levantado; pero quiso llevarse su dinero, y su dinero le hundió en el fondo del mar. El sabio, burlándose del charlatán y de los necios que le daban oídos, cuando vió al desconocido proponer á los pasajeros que anduvieran por el mar, se echó á reir y el océano lo devoró. La damisela fué arrastrada al abismo por su amante. El obispo y la vieja dama se fueron al fondo, cargados tal vez de crímenes, pero más cargados aún de incredulidad, de confianza en falsas imágenes, cargados de devoción, pero ligeros de limosnas y de verdadera religión.

El grupo fiel que hollaba con planta firme y seca la llanura de las aguas encolerizadas oía á su alrededor los horribles bramidos de la tempestad. Enormes oleadas se rompían en su camino. Una fuerza invencible cortaba el océano. Al través de la bruma, aquellos fieles divisaban en lontananza, en la playa, un débil resplandor, que oscilaba en la ventana de una cabaña de pescadores. Cada cual, al marchar animosamente hacia aquella luz, creía oir á su vecino gritando á través de los mugidos del mar:—¡Ánimo!—Y sin embargo, atentos á su propio riesgo, nadie decía una palabra. De este modo llegaron á la orilla. Cuando todos

estuvieron sentados en el hogar del pescador, buscaron en vano á su guía luminoso. Sentado en lo alto de una roca, al pie de la cual el huracán arrojó al piloto agarrado á una tabla con esa fuerza que despliegan los marinos al luchar con la muerte, el HOMBRE bajó, recogió al marino casi destrozado, y extendiendo una mano caritativa sobre su cabeza, le dijo: —Pase por esta vez, pero cuidado con volver, porque sería de muy mal ejemplo.

Cogió al marino á cuestas y lo llevó á la cabaña del pescador. Llamó en nombre de este desdichado para que le abrieran la puerta de aquel modesto asilo, y luego el Salvador desapareció. En aquel sitio edificaron los marinos el convento de la Merced, donde se vió mucho tiempo la huella que, según se aseguraba, habían dejado en la arena los pies de Jesucristo. En 1793, cuando la entrada de los franceses en Bélgica, los frailes se llevaron aquella preciosa reliquia, testimonio de la última visita que Jesús ha hecho á la tierra.

Allí fué donde, cansado de vivir, me encontraba yo algún tiempo después de la revolución de 1830. Si se me hubiera preguntado la razón de mi desesperación, me habría sido casi imposible decirla, tan blanda y fluida se había vuelto mi alma. Los resortes de mi inteligencia se distendían á impulsos de una brisa del oeste. El cielo derramaba un frío negro, y los pardos nubarrones que pasaban por encima de mi cabeza daban una expresión siniestra á la naturaleza. La inmensidad del mar, todo me decía:—Morir hoy ó morir mañana, ¿no es todo morir?... y entonces...—Vagaba, pues, pensando en un porvenir dudoso, en mis esperanzas frustradas. Lleno de tan fúnebres ideas, entré maquinalmente en aquella iglesia del convento, cuyas torres cenicientas me parecían entonces fantasmas al través de las brumas del mar. Miré sin entusiasmo aquel bosque de columnas pareadas, cuyos hojosos capiteles sostienen arcadas ligeras, elegante laberinto. Anduve indiferente por las naves laterales que se desarrollaban ante mí como pórticos que giran sobre sí mismos. La claridad incierta de un día de otoño apenas permitía ver en lo alto de las bóvedas las claves esculpidas, los nervios delicados que trazaban con tanta pureza los ángulos de todos los arcos graciosos. Los órganos estaban callados, y únicamente el ruido de mis pasos despertaba los graves ecos ocultos en las oscuras capillas. Sentéme

Escaneado con CamScanner

junto á uno de los cuatro pilares que sostienen la cúpula cerca del coro. Desde allí podía apreciar el conjunto de aquel monumento, que contemplé sin que me inspirase ninguna idea. El efecto mecánico de mis ojos era lo único que me hacía abarcar el dédalo imponente de todos los pilares, los inmensos rosetones milagrosamente puestos como redes encima de las puertas laterales ó del pórtico principal, las galerías aéreas en que unas menudas columnitas separaban los ventanales encajados entre arcos, tréboles ó flores, preciosas filigranas de piedra. En el fondo del coro, una cúpula de cristal resplandecía como si estuviese hecha de piedras preciosas hábilmente engarzadas. A derecha é izquierda, dos naves profundas oponían á esta bóveda, alternativamente blanca y colorada, sus sombras negras, en el seno de las cuales se destacaban débilmente los fustes indistintos de cien columnas cenicientas. A fuerza de mirar aquellas arcadas maravillosas, aquellos arabescos, aquellos festones, aquellas espirales, aquellos caprichos moriscos que se entrelazaban, alumbrados de un modo extraño, mis percepciones se fueron haciendo confusas. Me encontraba, como en el límite de las ilusiones y de la realidad, cogido en los lazos de la óptica y casi aturdido por la multitud de los aspectos. Insensiblemente se fueron velando aquellas piedras labradas; ya no las vi más que á través de una nube formada por un polvillo de oro, semejante al que revolotea en las franjas luminosas trazadas por un rayo de sol en una habitación. En el seno de aquella atmósfera vaporosa que hizo todas las formas indistintas, resplandeció de pronto el encaje de los rosetones. Cada nerviación, cada arista esculpida, el más insignificante detalle apareció plateado. El sol arrancó destellos de los ventanales, cuyos ricos colores chispearon. Las columnas se agitaron, los capiteles se movieron suavemente. Un temblor agradable dislocó el edificio cuyos frisos se removieron con graciosas precauciones. Muchos gruesos pilares tuvieron movimientos graves como la danza de una gran señora viuda que, al final de un baile, completa por complacencia los cuadros de un rigodón. Algunas columnas delgadas y derechas se pusieron á reir y á saltar, adornadas de sus coronas de tréboles. Agudos arcos tropezaron con las altas ventanas largas y frágiles, semejantes á esas damas de la Edad media que llevaban los blasones de sus casas pintados en sus vestidos de oro. La danza de aquellos arcos mitrados con los elegantes ventanales, tenía algún parecido con las luchas de un torneo. Poco después, cada piedra vibró en la iglesia, pero sin cambiar de sitio. Los órganos hablaron y me hicieron oir una armonía divina, á la cual se mezclaron voces de ángeles, música inaudita, acompañada por el sordo bajo de las campanas, cuyos toques anunciaron que las dos torres colosales se mecían sobre sus bases cuadradas. Aquel extraño aquelarre me pareció la cosa más natural del mundo, y ya no me causó admiración después de haber visto derribado á Carlos X. Yo mismo estaba plácidamente agitado como un columpio que me comunicaba una especie de placer nervioso, y del cual me sería imposible dar una idea. Pero en medio de aquella animada bacanal, el coro de la catedral me pareció frío como si hubiera reinado en él el invierno. Allí vi una multitud de mujeres vestidas de blanco, pero inmóviles y silenciosas. Algunos incensarios difundieron un olor grato que penetró en mi alma regocijándola. Ardieron los cirios. El facistol, alegre como un chantre bebido, saltó como un sombrero chino. Comprendí que la catedral giraba sobre sí misma con tanta rapidez, que cada objeto parecía continuar en el mismo sitio. El crucifijo colosal, puesto en el altar, me sonreía con una benevolencia maliciosa que me intimidó, y dejé de mirarle para admirar en lontananza un vapor azulado que se deslizó entre los pilares, imprimiéndoles una gracia indescriptible. En fin, varias encantadoras figuras de mujeres se agitaron en los frisos. Los ángeles, que sustentaban gruesas columnas, agitaron las alas. Me sentí levantado por un poder divino que me llenó de gozo infinito, y me sumió en blando y dulce éxtasis. Creo que hubiera dado mi vida por prolongar la duración de aquella fantasmagoría, cuando de pronto una voz chillona me dijo al oído:—¡Despierta y sígueme!

Una mujer demacrada me tomó de la mano y me comunicó á los nervios el frío más horrible. Se le veían los huesos al través de la piel arrugada de su cara casi verdosa. Aquella vieja fría llevaba un vestido negro que arrastraba por el polvo, y en el cuello cierta cosa blanca que no me atreví á examinar. En sus ojos fijos, levantados al cielo, no se veían más que el blanco de las pupilas. Me llevaba por la iglesia y señalaba su paso con cenizas que caían de su vestido. Al andar, sus huesos crujían como los de un esqueleto. Conforme íbamos andando, oía detrás de mí el retintín de

Escaneado con CamScanner

una campanilla, cuyos agudos sonidos resonaban en mi cerebro como los de una armónica.

—Hay que padecer, hay que padecer, me decía.

Salimos de la iglesia y atravesamos las calles más fangosas de la población; luego me hizo entrar en una casa obscura, gritando con su voz de timbre cascado como el de una campana rajada:—¡Defiéndeme! ¡Defiéndeme!

Subimos por una escalera tortuosa. Cuando llamó á una puerta obscura, la abrió un hombre callado, parecido á los familiares de la Inquisición. En breve entramos en una estancia tendida de viejos tapices agujereados, llenos de telas usadas, de muselinas ajadas y de colores dorados.

—He ahí riquezas eternas, dijo aquella mujer.

Me estremecí de horror al ver entonces distintamente, á la luz de una larga antorcha y de dos cirios, que la tal mujer debía haber salido recientemente de un cementerio. Quise huir, pero ella movió su brazo de esqueleto y me ciñó con un círculo de hierro armado de puntas. A este movimiento, resonó cerca de nosotros un grito lanzado por millones de voces, el hurra de los muertos.

—Quiero hacerte feliz por siempre, dijo ella. Eres mi hijo.

Nos sentamos ante un hogar cuyas cenizas estaban frías. Entonces la vieja me apretó la mano con tanta fuerza que hube de permanecer allí. La miré fijamente y procuré adivinar la historia de su vida examinando los atavíos en medio de los cuales se acurrucaba. Pero ¿esa mujer existía? Era verdaderamente un misterio. Yo veía bien que en otro tiempo debió ser hermosa y joven, adornada de todas las gracias de la sencillez, verdadera estatua griega de frente virginal.

—¡Ah! Ahora te conozco, le dije. Desgraciada, ¿por qué te has prostituído á los hombres? Habiendo adquirido riquezas en la edad de las pasiones, has olvidado la pura y suave juventud, tus abnegaciones sublimes, tus costumbres inocentes, tus creencias fecundas, y has abdicado tu poder primitivo, tu supremacía puramente intelectual por los poderes de la carne. Dejando tus vestiduras de lino, tu lecho de musgo, tus grutas alumbradas por luces divinas, has resplandecido de diamantes, de lujo y de lujuria. Osada, orgullosa, queriéndolo todo, obteniéndolo todo y derribándolo todo á tu paso, como una prostituta en boga que corre

en busca del placer, has sido sanguinaria como una reina embrutecida de voluntad. ¿No recuerdas haber sido con frecuencia estúpida por momentos, y luego, de pronto, maravillosamente inteligente á ejemplo del Arte saliendo de una orgía? Poetisa, pintora, cantatriz, aficionada á las ceremonias esplendorosas, ¿no has protegido las artes sino por capricho y sólo por dormir bajo magníficos artesonados? Cierto día, fantástica é insolente, cuando deberías ser casta y modesta, ¿no lo has sometido todo á tu pantufla y no la has echado á la cabeza de los soberanos que tenían aquí abajo el poder, el dinero y el talento? Insultando al hombre y complaciéndote en ver hasta dónde llega la estulticia humana, ora decías á tus amantes que anduvieran á cuatro patas, ora que te dieran sus bienes, sus tesoros y hasta sus mujeres, cuando valían algo. Has devorado sin motivo millones de hombres, los has arrojado como nubes arenosas de Occidente á Oriente. Has descendido de las alturas del pensamiento para sentarte al lado de los reyes. Mujer, en lugar de consolar á los hombres, los has afligido, atormentado. Les pedías su sangre, en la seguridad de obtenerla. Y sin embargo, podías contentarte con un poco de harina, criada como lo fuiste en comer pasteles y mezclar el vino con agua. Original en todo, prohibías en otro tiempo á tus amantes extenuados que comieran, y ellos no comían. ¿Por qué llevabas tus extravagancias hasta querer lo imposible? Semejante á alguna cortesana mimada por sus adoradores, ¿por qué te has enloquecido con tonterías y no has desengañado á las personas que explicaban ó justificaban todos tus errores? ¡En fin, has tenido tus últimas pasiones! ¡Terrible como el amor de una mujer de cuarenta años, te has sonrojado! Has querido abarcar al universo entero en un postrer abrazo, y el universo, que te pertenecía, se te ha escapado. Luego, después de los jóvenes, han venido á postrarse á tus pies los viejos, los impotentes, que te han puesto repugnante. Sin embargo, algunos hombres de mirada de águila te decían con los ojos: —Perecerás sin gloria porque has engañado, porque has faltado á tus promesas de doncella. En lugar de ser un ángel nuncio de paz y de sembrar la luz y la ventura á tu paso, has sido una Mesalina aficionada al circo y al libertinaje, abusando de tu poder. No puedes volver á ser virgen: necesitarías un dueño. Tu tiempo llega: presientes ya la muerte. Tus herederos te creen rica, te ma-

Escaneado con CamScanner

tarán y no recogerán nada. Procura al menos desprenderte de tus harapos, que ya no están de moda, vuelve á ser lo que fuiste. Pero no, ¡te has suicidado! ¿No es esta tu historia? le dije para terminar, vieja caduca, desdentada, fría, olvidada ya, y que pasas sin que nadie te dirija una mirada. ¿Por qué vives? ¿Qué haces de tu toga de abogada que no excita el deseo de nadie? ¿Dónde está tu fortuna? ¿Por qué la has disipado? ¿Dónde están tus tesoros? ¿Qué has hecho que lleve el sello de la belleza?

Al oir esta pregunta, la viejecilla se enderezó sobre sus huesos, se quitó sus andrajos, creció, se iluminó, sonrió, salió de su crisálida negra. Luego, cual mariposa recién nacida, aquella creación india surgió de sus palmas, y se me apareció blanca y joven, vestida con un traje de lino. Sus cabellos de oro flotaron sobre sus hombros, sus ojos brillaron, la rodeó una nube luminosa, un círculo de oro giró sobre su cabeza, é hizo un ademán hacia el espacio agitando una espada de fuego.

—Mira y cree, dijo ella.

De pronto vi á lo lejos millares de catedrales parecidas á aquélla de la que acababa de salir, pero adornadas de cuadros y frescos, y oía armoniosos conciertos. Alrededor de aquellos monumentos se agolpaban millares de hombres como hormigas en sus hormigueros. Los unos se apresuraban á salvar libros y á copiar manuscritos, los otros servían á los pobres; casi todos estudiaban. Del seno de aquellas muchedumbres innumerables surgían estatuas colosales, elevadas por ellas. Al fantástico resplandor proyectado por un luminar tan grande como el sol, leí en el pedestal de aquellas estatuas:—CIENCIAS.—HISTORIA.—LITERATURAS.

Apagóse la luz y me encontré delante de la joven que, gradualmente, volvió á meterse en su fría envoltura, en sus andrajos mortuorios y se tornó otra vez vieja. Su familiar le llevó un poco de polvo para que renovase las cenizas de su braserillo porque el tiempo era crudo; luego le encendió, á ella que había tenido millares de bujías en sus palacios, una lamparilla para que pudiera leer de noche sus oraciones.

—¡Ya no se cree!... dijo ella.

Tal era la situación crítica en que vi la más hermosa, la más vasta, la más verdadera, la más fecunda de todas las potencias.

—Despiértese usted, caballero, que van á cerrar las puertas, me dijo una voz ronca.

Al volverme, vi la horrible figura del repartidor de agua bendita, que me había sacudido el brazo. Hallé la catedral envuelta en la sombra, como un hombre embozado en una capa.

—Creer es vivir, dije para mí. Acabo de ver pasar el entierro de una Monarquía; hay que defender á la IGLESIA.

París, febrero 1835.

Escaneado con CamScanner